

NUEVAS MIRADAS

Autor: Federico García Serrano



En la medida en que ver es pensar, la memoria condiciona sin duda el modo de mirar que a su vez significa también una forma de compartir pensamientos, compartir referencias, símbolos, iconos. Perspectivas. Seguramente esa es *la nueva mirada* con la que abrimos los ojos a una realidad visual que ampliaba o rompía fronteras, la que da título a este texto, la que proyectamos los niños de entonces, pioneros en el uso del chupete catódico hacia una realidad, una época (la transición) que también está en la memoria y que ha marcado significativamente la vida de todos nosotros. La vida de España en el último cuarto de siglo.

"*Nuevas Miradas*", es sin duda un título sugestivo, muy motivador. La televisión es sobre todo un escaparate sobre el que día a día proyectamos una nueva mirada, y esto es una gran exigencia para todos los profesionales que hacemos televisión. Un examen cotidiano al que nos sometemos y que nos exige mostrar algo nuevo cada día, o mostrar lo mismo, que le vamos a hacer, de una manera diferente. Aunque sin duda, *Nuevas Miradas*, se refiere aquí a otra cosa. A un pequeño ejercicio de memoria, inusual en este medio donde nos pasamos la vida pensando en el mañana de cada día, y no en el ayer, que es más oficio de cronistas e historiadores que de nosotros mismos. Agradezco esta invitación a compartir ideas sobre la televisión de ayer, o de hace veinticinco años, la de aquellos tiempos que hemos dado en llamar "la transición".

Una etapa que marca el ecuador entre dos épocas. Por eso quizá es necesario situar el punto de partida, ya que el de destino es sin duda el propio análisis que realizamos aquí y ahora. Para quienes pertenecemos a la primera generación de españoles que nacimos con la televisión, ésta ha sido algo determinante en nuestras vidas. No sólo porque revolucionara nuestros hábitos de conducta, sino también, y fundamentalmente, porque gracias a la televisión millones de personas compartimos una memoria, una iconografía, que nos permite estar unidos por un mismo marco de referencias, basado en la cultura de lo audiovisual. En algún lugar recóndito de nuestra memoria, entre las canicas de jugar al gua y los cromos de Popeye, están arrinconadas las imágenes catódicas que identifican el franquismo nuestra infancia: allí están, jugando inconscientemente con nuestra imaginación, *Lucy Ball* y los primeros iconos televisivos que nos llegaban de América, como *Sugarfoot* y *El Rebelde*, o *Perry Mason* caminando con sus propias piernas mucho antes de pasarse a la silla de ruedas en el papel de *Ironside*; y *Guillermo Tell* y *Flecha Rota*, los dibujos animados de *Huckleberryhould* (¿se escribirá así?) que me recuerdan a los bocadillos de pan y mantequilla, *Ajedrez Fatal*, *Rintintín* y el cabo Rustin, el caballo *Furia* y *Mr Ed*, caballo con voz, la perrita Marilyn y las marionetas de Herta Frankel, Gustavo Re, Joe Fuster, Boliche y Chapinete... y tantas imágenes tan leves, tan inarticuladas, que sobre todo me hacen pensar en el poderoso y misterioso funcionamiento de la memoria que alberga a todos, todavía, quizá para nuestra sorpresa. Pero ya sabemos que cuando la memoria los conserva en algo los juzga útiles y así nos vemos en la suerte o en la condena de cargar con semejante equipaje cultural, anidado precisamente en esa infancia de la que tanto cuesta desprenderse. Esgrimo estos recuerdos de la televisión anterior a la transición para significar la distancia, lo que la transición representa como evolución desde un punto de partida donde todo era visto como novedad casi mágica, a un lugar de destino, donde, ya instalados en la rutina, parecemos hallarnos de vuelta de todas las cosas en lo que a la televisión se refiere. Entre ambos lados, un vasto territorio intermedio: la televisión de la transición.

Ante todo este volver a mirar, de nuevo, la televisión de la transición (1975-1982) me hace pensar, fundamentalmente, sintéticamente, en dos cosas: en lo mal que envejece la televisión; y en el peligro de que esta etapa de la transición, finalmente, acabe por convertirse para quienes ambicionaban un destino plural y de servicio público, en *el viaje a ninguna parte*. Me explico. Hay cosas que envejecen bien: un cuadro de Velázquez, una novela de Julio Verne, la imagen añeja de Marilyn Monroe, un buen Rioja... Y hay cosas que envejecen mal, como la tele, quizá porque viven totalmente marcadas, determinadas diría yo, por la actualidad, por la moda (es decir, por la sociedad, por el contexto de cada día. No es la tele un medio para la historia (aunque sí lo sean los documentos que excrementa), sino un medio para hoy que nace con fecha de caducidad. La vida, creo, no vale la pena anotarla por su día a día, ni segundo a segundo, como hace la tele, sino que hay que atraparla por sus mejores instantes, que es lo que hace la memoria, que es mucho más generosa que el archivo (aunque sin duda es éste el que nos da la auténtica dimensión de la realidad), con notables excepciones entre las que sitúo, preferencia subjetiva, a todo el archivo musical, porque la buena música es como el buen vino y las imágenes que la adornan le dan un *bouquet* muy interesante y algunos grandes hechos informativos (nadie puede entender la cultura visual del último siglo sin las imágenes el asesinato de Kennedy, la llegada del hombre a la luna, la cogida de Paquirri o el atentado contra las Torres Gemelas). Quiero decir con esto, que la televisión nace *para usar y tirar* y que conservarla en el archivo no es un error pero sí un desafío para la paciencia de los historiadores, que obligará a un necesario, abrumador y peligrosísimo proceso de selección.

No quiero ser mal entendido. Sería muy injusto minusvalorar y no colocar en la historia como merecen algunos productos de la televisión en la época de la transición. Aquella televisión que todavía no había sido reivindicada por los intelectuales, como hiciera poco después Juan Cueto desde la cueva del dinosaurio. Esa tele en la que Tip y Coll nunca llegaron a hablar del gobierno, pero sí nos enseñaron a llenar adecuadamente un vaso de agua (ya sabéis: el vaso hacia arriba porque si está hacia abajo el agua se cae, el vaso abajo y arriba la botella, porque si es al revés el vaso no se llena, etc, etc,...). Aquella tele en la que el mago Chicho hacía renacer el "Un, dos, tres", una y otra vez, como el Ave Fénix, con su calabaza y su cantinela del *por veinticinco pesetas cada una*, la primera fórmula, o formato televisivo que exportamos al mundo; la de Iñigo, con o sin bigote, llenando a base de *conseguidores*, rostros enmascarados y cámaras ocultas, las densas tardes de los domingos; la tele que mitificó a Félix Rodríguez de la Fuente y a Miguel de la Quadra Salcedo, metiendo con su mano maestra la naturaleza dentro de esa chistera, para otros caja tonta; aquella televisión en la que con Jesús Hermida descubríamos al telecomunicador *showman*, el debate, la pugna dialéctica, la proximidad y la distancia en la entrevista, el combate de ideas. Porque las ideas iban entrando en la tele... la tele por la que cabalgaron Curro Jiménez, el Algarrobo y el Estudiante; la del "Verano Azul" en el que se murió por primera vez Chanquete (que anda y que se murió veces después el pobre), apuntando ya la incombustibilidad de los productos Mercero, inventor de los programas "Duracell", mucho antes de Farmacia de Guardia. Mercero que, sin embargo, en aquellos años, nos dejó también sus mejores frames en programas de aquella época, como el "Don Juan", "Ese señor de negro" o "Los pajaritos", que sin embargo, paradojas de la tele, parecen sepultados por la losa del tiempo, tan difícil de levantar en un medio que se define a través de lo efímero, lo doméstico y lo cotidiano. En fin era esa tele que popularizó la forma de hablar, de hablar de cine, de aquel gran crítico que se llamó Alfonso Sánchez. La tele de las claves de Balbín, programa de culto para progres, en unos tiempos en los que los programas informativos acapararon todo el interés, llegando a convertir en sex símbolo a todo un presentador de telediarios como Lalo Azcona (tan diferente de aquel Jesús Álvarez con bigotito a lo Clark Gable que tanto gustaba a las señoras bien en la década en la que el mundo judeomasónico y las jovencitas contestatarias adoraron a los Beatles); la tele de los Sotillos, Arozamena, Victoria Prego; la que soportó el Tejerazo del 23F del 81, la de Iñaki Gabilondo, Erquicia, y la efímera apertura en los tiempos difíciles de Castedo, sin duda el momento más delicado y de mayor tensión de toda la transición. Y por supuesto, la tele de la España de los Botejara, de Heidi, de la Casa de la pradera, en la que triunfó

definitivamente el hijo pequeño de *Bonanza*, que era más bueno que el pan; la del señor Roppers que se bañaba con un patito de goma, demostrándonos que la comedia de situación era un género específicamente televisivo y que un sólo chico puede compartir piso con dos chicas sin que nadie le detenga por escándalo público.

La televisión del circo de Gaby, Miliky y Fofito, que perdió a Fofó un verano, en la que apareció Emilio Aragón Jr: era chavalín al que apenas se le marcaban las patillas, mudo en la pista y dicharachero y chistoso en los pasillos, que en los sketches tocaba una campana porque aún no le dejaban hablar, no sé por qué, aunque ya apuntaba una gracia y un desparpajo superior.

Por cierto, era la tele y el programa, el Circo de TVE, en el que trabajé por primer vez en TVE, era el año 1976. El programa se grababa en blanco y negro, en cintas de dos pulgadas que pesaban como muertos. El plató estaba en los estudios Roma, hoy Tele 5, entonces alquilados por TVE. Los controles estaban en una unidad móvil que ha veces sí y a veces también se retrasaba porque venía de Burgos de retransmitir un partido de fútbol y por la noche se iba a Cáceres para hacer una misa. Se grababa en bloques de diez minutos, porque entonces el montaje consistía sólo en pegar los bloques pregrabados. Y si había un drop o te lo tragabas o volvías a grabar los diez minutos de un tirón. Los rótulos se pintaban a mano y el rodillo con los créditos pasaba delante de una cámara en un artefacto que movía una cartulina negra que se iba deslizando. Un encadenado era un lujo que sólo se podía hacer en determinados controles de realización, jamás en montaje. El montaje era esencialmente cosa de cine y de moviolas mucho más rudimentarias que las que hoy, por docenas, sepultadas por el polvo, están arrinconadas en los sótanos del Ente. La música se hacía en play-back y empezaba a introducirse el chroma-key, con la llegada de los primeros equipos de color, por entonces reservado a los programas de lujo.

Ahora que hago repaso y hecho cuenta me doy cuenta de que he pasado, de largo, más de la mitad de mi vida trabajando en televisión. Me resulta difícil valorar la transición sin pensar que aquellos años fueron los de mis comienzos, los de la ilusión de descubrir y buscar un camino en este medio. Los que abrieron determinadas expectativas que hoy van languideciendo. No sé si es un ejercicio de arrogancia, pero me considero en una situación de privilegio para hablar, desde el recuerdo de aquella transición televisiva, sobre la amenaza de finalmente aquella etapa sea solo el inicio de un viaje que se está llevando a la nada mucho de todo aquello que queríamos construir. Porque la sociedad española vivió sin duda la transición, pero me pregunto en qué medida se puede decir lo mismo sobre la profundidad de la transformación de nuestra televisión pública. Si la transición fue el paso de la dictadura a la democracia, nuestra televisión debiera haber vivido, a mi parecer, el paso de una televisión gubernamental a una televisión pública, al menos lo que yo entiendo por una verdadera televisión pública, o quizá, lo que debiéramos entender entre todos después de un debate necesario, que nunca se ha abierto realmente. Y yo no sé si en ello estamos, no sé si la transición ya pasó, no sé si la verdadera transición está por llegar, si ha comenzado, o va a comenzar de verdad algún día. O si nunca existió. Sin duda hemos pasado de una tele en blanco y negro a una tele en color, precisamente durante la época histórica de la transición: creo recordar que el primer acontecimiento cubierto con una unidad móvil de color fue el entierro de Franco. Y la implantación masiva de la televisión en color fue con el mundial de España en el 82, para el cual se hizo una fuerte inversión en equipos y una gran campaña publicitaria que llevó el televisor de color a muchísimos hogares. Poco después, ya con Calviño, pasamos de la televisión financiada por el Estado a la televisión financiada por la publicidad. Hemos pasado de una televisión en monopolio a una televisión en competencia controlada, ya en los noventa, sin el conveniente ejercicio de previsión y planificación, origen del caos económico actual. De una televisión generosa con el gasto, paradigmáticamente la de Ansón, en el 76, la evolución televisiva nos ha llevado a una televisión generosa con la deuda, que no parece encontrar su límite y tocar su fondo. Esta ha sido una transición de lo paupérrimo. Pero estábamos en una televisión gubernamental y seguimos en una televisión gubernamentalizada, que todavía busca su modelo, ese modelo del que todos hablan, pero no en el lugar adecuado y que nadie

encuentra. Claro, que quizá ése sea otro debate, que no el de hoy, de esta mesa digo, pero sí de este tiempo y de mañana. Ocasión habrá, espero de hablar de todo, de organizar más seminarios, más mesas redondas, ahora sólo digo que no sé si estamos a tiempo de encontrar una transición que se nos ha perdido. De que el final de aquel camino emprendido con la transición no sea el que me temo: un viaje a ninguna parte.



Nº de Registro: AA3.0207.19

(Nota: Este artículo será publicado el próximo otoño por La Fundación General de la Universidad Complutense)